



María Teresa Rodríguez y Rodríguez, *Agricultura, industria y desarrollo económico. El caso de China*, México, Instituto Matías Romero-Secretaría de Relaciones Exteriores (Cuadernos de Política Internacional, núm. 15), 2007, 518 pp.

La base de esta publicación fue la tesis de doctorado de María Teresa Rodríguez y Rodríguez. Parte de la combinación del estudio de las relaciones causa-efecto, como método de trabajo, y lleva a cabo una revisión empírica detallada del periodo de estudio, basada en fuentes directas e indirectas de información, como las estadísticas y los documentos oficiales de organismos internacionales (BM, FMI, OCDE), así como libros y artículos especializados.

La obra incluye una descripción de lo acontecido en el terreno político y económico en China durante la etapa de la construcción socialista, también llamada maoísta (1953-1978), a propósito de lo cual María Teresa Rodríguez se refiere a las corrientes de pensamiento y describe lo ocurrido en la República Popular de China como parte de su proceso de consolidación nacional, de su crecimiento económico y de su desarrollo.

La autora corrobora que el proceso de cambio económico de esta época se caracterizó por una fuerte dependencia entre las políticas económicas, respecto a la ideología y a la política, cuyas directrices estaban plasmadas en el Primer Plan Quinquenal 1953, el Gran Salto hacia Adelante (GSA) y la Gran Revolución Cultural Popular.

Asimismo, establece que hay una relación muy clara de causa-efecto entre el modelo de acumulación para la indus-

trialización acelerada y la incapacidad de la agricultura para seguir el ritmo de crecimiento exigido.

En cuanto al periodo posterior a 1978, María Teresa Rodríguez observa que comenzaron a aplicarse políticas derivadas de una nueva estrategia de reformas a la estructura económica y de apertura al exterior, con la consiguiente modificación de la relación Estado y sociedad, la menor injerencia de la política en las decisiones económicas y el hecho tan importante de llevar las oportunidades de desarrollo al medio rural, como alternativa a una masiva movilización hacia las ciudades.

La obra consta de una introducción, cinco capítulos, conclusiones generales, bibliografía, cuadros estadísticos y un apéndice en el que la autora elabora series de tiempo.

En el primer capítulo, María Teresa Rodríguez presenta información suficiente para tratar de comprender la naturaleza del modelo de crecimiento económico de China, independientemente del nombre que se le asigne. Se revisan algunas teorías del desarrollo; concepciones teóricas sobre el papel de las instituciones —principalmente del Estado— en el desarrollo económico, y se examina literatura existente acerca del llamado “socialismo de mercado”, que parece ser el sistema escogido por el Estado chino para su estrategia de crecimiento.

Sin pretender enmarcar la economía china en ninguna de las teorías del desarrollo que menciona en este capítulo, la autora señala, como descriptivas de algunas de sus etapas de crecimiento, por un lado, las teorías del dualismo, que parten del supuesto de que una relación adecuada entre agricultura e industria manufacturera es crucial para los propósitos del crecimiento económico y, por otro, las teorías económicas neo-institucionalistas, que subrayan la necesidad de incluir a las instituciones —principalmente al Estado— como relevantes en el comportamiento de las economías nacionales.

Asimismo, al analizar estas teorías, hace referencia a la situación particular de China como país socialista, ya que las condiciones de inicio son distintas a las señaladas en la mayoría de las teorías presentadas en la obra, lo que hace pensar que lo que sucede en China es un proceso de reforma del socialismo, con miras a hacerlo más eficiente, para convertirlo en lo que se ha denominado “socialismo de mercado”.

En el segundo capítulo, María Teresa Rodríguez narra la llegada de los comunistas al poder —un grupo de revolucionarios que había comenzado su lucha clandestina y de guerrillas a principio de los años veinte— y la estrategia de desarrollo adoptada para corregir el atraso respecto a las naciones industrializadas. Los lineamientos de dicha estrategia estaban plasmados en el Primer Plan Quinquenal, formulado en función del modelo socialista ortodoxo. En este capítulo también aborda el Segundo Plan Quinquenal y los proyectos que desviaron el primero: el llamado del Gran Salto hacia Adelante (GSA) y la Gran Revolución Cultural Proletaria (GRCP). Esta última sería calificada como la década perdida para la construcción de la “nueva China”. Al respecto señala que la diferencia entre estos dos proyectos radica en que el primero se llevó a cabo en el campo y afectó principalmente a la economía, y el segundo en las ciudades e influyó en la cultura.

Conforme la autora se adentra en la obra, analiza cómo después de más de treinta años de fragmentación del territorio chino, indefinición política, luchas internas a escala nacional, ocho años de guerra de resistencia contra Japón y bloqueo económico de larga duración por parte de varios países capitalistas, se requería una estrategia de desarrollo basada en la necesidad de industrializarse y encaminada a la tarea de inmediata reconstrucción, así como de recuperación y crecimiento económico a nivel nacional. El esquema elegido fue entonces el socialista ortodoxo, llamado así por su referencia al modelo

soviético, adoptado y aplicado en China, y la política exterior de “alineamiento a un solo lado” —el de la URSS—, lo que no impidió el acercamiento a otros países asiáticos y varios africanos. Las políticas económicas de entonces fueron de autosuficiencia y poco intercambio con el exterior.

Con la reforma de la tierra, la cual se veía como un prerequisite para cualquier cambio de la estructura económica y social, los comunistas ganaron la aceptación de los campesinos en las llamadas “zonas liberadas”. El reto entonces era extender esas reformas a todo el país y establecer el control político sobre las regiones antes ocupadas por las fuerzas nacionalistas, creando los órganos de un gobierno socialista. Esta tarea no fue fácil debido a la falta de personal preparado para las tareas administrativas de gobierno y para el manejo institucional de la economía, dificultad que intentaron vencer utilizando la burocracia del régimen anterior, contrarrestando su influencia, incorporando a funcionarios del Partido Comunista y a jóvenes instruidos de la sociedad urbana, pero que no habían tenido contacto previo con el campo. Se buscaba un “frente unido” que integrara todas las fuerzas sociales susceptibles de serlo.

Por otra parte, la recuperación de la producción industrial y el control de la inflación fueron los pasos preliminares para la estatización de la propiedad del sector industrial urbano, a la que también contribuyó la nacionalización de la banca.

En el tercer capítulo, se amplía la información sobre los sucesos previos a la reforma económica de los años ochenta; se hace un análisis secuencial de los periodos en los que predominó una determinada corriente política, moderada o radical, y de los acontecimientos más relevantes que explican lo sucedido en materia económica durante cinco planes quinquenales.

El análisis parte de la época de aislamiento casi total de China de la comunidad económica internacional, debido al bloqueo económico de Estados Unidos y otros países capitalistas,

así como al rompimiento con la URSS; pasa por el periodo en que se restituyó el asiento de China en la ONU y su lugar como miembro permanente del Consejo de Seguridad en 1971, y de ahí continúa por la llamada “década perdida” de la Gran Revolución Cultural Proletaria hasta llegar a la reconstitución de los órganos del Estado y la modernización de la economía y la industrialización.

Según señala la autora, la primera tarea que tuvo que completarse, antes de cualquier cambio de estrategia económica, fue la reconstitución del aparato del Estado, y una de las instituciones que primero se reconstituyó fue el Partido Comunista, cuya motivación ideológica empezó a dar prioridad al crecimiento económico. Se creó entonces el Ministerio de Relaciones Económicas y Comercio con el Exterior, y en los años ochenta la República Popular de China ingresó a organismos internacionales de carácter económico, con excepción de la Organización Mundial del Comercio, a la que ingresó en 2001.

Al final del tercer capítulo, la autora pone el acento en la falta de crecimiento económico sin la previa garantía del abastecimiento de alimentos para la población, razón por la cual el enfoque socialista soviético nunca fue adecuado para este país al no corresponder la disponibilidad relativa de recursos, pues en China abundaba la mano de obra y había escasez de capital. También amplía el tema al señalar a la Comuna Popular como la base de la organización política, social, cultural y educativa de la China rural, la cual se consideró como un medio para nivelar la ciudad y el campo.

En el capítulo cuarto se analiza el proyecto que tenía como objetivo hacer crecer la economía y modernizarla. A decir de la autora, dicho proyecto era viable, dado el retorno de China a la comunidad de naciones y su ingreso a los organismos internacionales económicos, lo que se tradujo en acceso a recursos financieros y tecnológicos de otras economías de países avanzados. Otro de los

objetivos de la reforma era el mejoramiento de los niveles de vida de la población, estrategia económica que se convirtió en la nueva base de legitimación del Partido Comunista en el poder.

Para su análisis, la autora clasifica las diferentes reformas económicas en tres vertientes: la del campo, la urbana y la de apertura al exterior. Hace notar también que durante los años setenta casi todas las reformas económicas emprendidas eran experimentales, y en los ochenta, las que daban resultado se iban extendiendo al ámbito nacional, a diferencia de las reformas macroeconómicas de los noventa, las cuales desde un principio se aplicaron de manera general.

Con respecto al campo, la autora concluye que para la modernización de la agricultura se requiere una mayor participación gubernamental en el proceso. En cuanto a la reforma urbana, opina que los principales problemas que hay que resolver son la dependencia financiera de las empresas respecto al gobierno y el desempleo de los “desplazados”. En relación con la apertura al exterior, a la que señala como la característica más notable de la reforma económica de China, reflexiona en torno a la idea de un modelo de crecimiento cerrado que se transformó en una economía abierta, y acerca del hecho de que este país se haya asimilado a la economía internacional capitalista y de que sea el principal receptor de inversión extranjera directa entre los países en desarrollo y uno de los primeros países exportadores del mundo.

En el quinto y último capítulo, María Teresa Rodríguez muestra el cambio económico que se ha dado en China en los últimos 25 años y sus posibilidades de crecimiento entre 2005 y 2020, a partir de la consideración de que para que el crecimiento económico se convierta en desarrollo debe llevar a un mayor grado de integración entre los sectores productivos.

Para presentar dichos cambios económicos hace uso de cifras comparativas a nivel internacional y de estadísticas relativas a los diferentes periodos de la economía china.

En la última parte de este capítulo, la autora expone las expectativas de crecimiento que se presentan para China durante lo que resta de esta década y la siguiente (2005-2020); analiza los factores que contribuyen a que siga en marcha dicha evolución, como la creciente integración de sus sectores productivos, el aumento de productividad y el uso de tecnologías avanzadas, entre otros, y expone los principales obstáculos que posiblemente enfrente China en su intento por desarrollarse. Entre éstos menciona la reducción de tierra agrícola para la producción de alimentos, la ineficiencia de empresas estatales, la insuficiente estructura de las comunicaciones y los transportes, el abastecimiento de energía y los problemas ambientales.

Como conclusión de su obra la autora afirma que el desarrollo económico de la República Popular de China es único cuando se compara con otros países en desarrollo, y excepcional cuando se compara con otros países socialistas. Como bien señala, este crecimiento fue posible porque, al darse las condiciones políticas adecuadas, China había acumulado un caudal de infraestructura y una base industrial que estaba lista para ser utilizada más eficientemente, además de que se llevó a cabo un cambio en las formas de organización de la producción y se incrementó la productividad al transferirse mano de obra entre el sector primario y los sectores secundario y terciario.

Según la autora, el crecimiento de este país en los últimos 25 años también se explica por la autosuficiencia de China en las décadas de los sesenta y setenta, que se tradujo en ausencia de deuda externa, lo que además la convirtió en el deudor ideal para los préstamos a tasas preferenciales, cuando en los ochenta ingresó a los organismos económicos internacionales.

A pesar de todo, el rápido crecimiento económico sólo ha colocado a China como uno más de los países en desarrollo medio, aunque por el tamaño de su economía se cuenta entre los más grandes del mundo. En opinión de la autora, el creci-

miento económico de los últimos 35 años ha traído consigo una mejora en los niveles de vida, pero también nuevas necesidades y exigencias no sólo materiales sino también de liberalización política, las cuales se han podido contener gracias a los avances económicos y en ocasiones por medio de la represión. Con todo, considera que el problema futuro de China se reduce a la desfavorable relación entre población y recursos naturales.

Para la autora, si bien ha habido crecimiento y desarrollo, se requiere un mayor balance entre los sectores productivos y una distribución más equitativa de los beneficios del desarrollo. A partir de esta afirmación, hace una reflexión sobre lo que la experiencia china de crecimiento y cambios estructurales podría aportar a México, para lo cual habría que considerar las similitudes existentes entre ambas economías, como la presión demográfica, la decadencia de recursos naturales, los excedentes de mano de obra, las comunidades nacionales en el exterior, la educación y capacitación creciente —pero insuficiente— de la fuerza de trabajo, y las políticas de apertura al comercio exterior y a las inversiones extranjeras.

Como lección fundamental del caso chino, María Teresa Rodríguez concluye que el crecimiento económico, la apertura internacional y la inserción a las corrientes comerciales y financieras globales pueden lograrse sin que el Estado abandone políticas e instrumentos de protección a la economía doméstica.

La lectura de este libro se recomienda de manera amplia, no sólo porque el rigor científico de la investigación lo convierte en una valiosa fuente de consulta, sino porque es una obra que invita a la reflexión, sumamente enriquecedora y de fácil lectura.

Marbella Michel Arias